

Entre la sociedad europea culta del siglo XVIII correr Cortes y estudiar en el extranjero eran formas de aprender a ser hombre de bien. Los viajeros acudían a los salones y tertulias frecuentadas por gentes de calidad, escritores, filósofos y científicos, seguían cursos de afamados investigadores y procuraban ser presentados en la Corte de los países visitados. El objetivo era conocer las grandes ciudades, sus monumentos, bibliotecas, librerías, museos, su música, sus leyes y costumbres, su historia, las modas de sus gentes, sus teatros, y participar de esa sociedad cosmopolita y escogida que, pese a su indudable elitismo, estaba marcando los ritmos del progreso y de los cambios modernizadores. Muchas personas cultas y acomodadas, que disfrutaban de gratas formas de convivencia, pusieron sus conocimientos al servicio de fines solidarios y progresistas, comprometieron su tranquilidad civil y, en ocasiones, hasta

vida y haciendas por enfrentarse a los reaccionarios e impulsar la ciencia experimental, la tolerancia, la libertad de los creadores, los derechos de seres preteridos por razón de su nacimiento y por defender una convivencia en igualdad de derechos y deberes. A ellas se debe la realización de algo tan disolvente como un diccionario enciclopédico. Y es que

ROMA VEDUTA... VIERA Y CLAVIJO, LOS ALPES Y EL VATICANO

María-Dolores Albiac Blanco

UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

los diccionarios inquietan a los bienpensantes porque hurgan en los orígenes y causas de fenómenos y acontecimientos que abandonan el limbo de la ignorancia, la fábula y la leyenda; ponen a disposición de quien pueda leerlos respuestas y conocimientos que dejan de ser patrimonio de las castas superiores; y, para colmo, tratan por el mismo rasero crítico cuestiones excelsas y de alto rango y asuntos ruines y rastreros. El progreso fue obra de científicos, funcionarios, médicos, juristas, aristócratas, militares, clérigos y pequeños propietarios, que coincidían en la aceptación de la modernidad y en la convicción de que la educación, regida por la Razón, podía lograr sociedades ordenadas, eficientes y prósperas.

París y las grandes Cortes centroeuropeas de Prusia y Viena eran, con Roma, destinos habituales. Italia, que nunca había dejado de estar de moda, durante el tiempo de las Luces renovó su influencia por ser cuna del Renacimiento y el lugar donde –entre inagotables riquezas arqueológicas– se acababan de descubrir las ciudades de Pompeya y Herculano. El impacto de las excavaciones, que dirigía Roque Joaquín de Alcubierre con mecenazgo de Carlos III, puso de moda en Europa el estilo pompeyano; a él se acomodaron edificios, jardines y la decoración, pintura y amueblado de interiores. Además, la fama de las Academias antibarrocas italianas reunía, desde final del siglo XVII, a filósofos, juristas, historiadores, estudiosos del arte, de la arqueología, de las antigüedades y filólogos.

A la capital de los Estados del Papa iban a cumplir la preceptiva *visita ad limina* los obispos con criados, secretarios, escribanos, ayudantes, canónigos, archiveros (los *familiares*). Acudían, asimismo, sacerdotes de todos los países a presentar las «preces», es decir, las peticiones que solo podían concederse en la Curia, tal que permisos de matrimonio entre familiares con determinado grado de parentesco, la excomunión de religiosos, exenciones de clausura por motivos de salud y demandas de índole administrativa, de conciencia, penitencia o votos... A estos religiosos los acompañaban coadjutores, auxiliares y cuantos pudieran entender en las complejas cuestiones que se resolvían en Roma. El Gobierno español creó la Agencia de Preces para racionalizar y agilizar el sistema, ahorrar dinero en desplazamientos y poner bajo control del Estado las relaciones de españoles con un país extranjero –la Santa Sede– que habían estado en manos privadas. La dirigía un agente que tramitaba las peticiones y abonaba las tasas previstas para obtener la sanción correspondiente. De la habilidad del agente para moverse por ese intrincado mundo de la Curia dependía el éxito y rapidez de las gestiones. El más importante y activo de ellos fue el oscense José Nicolás de Azara, gran mecenas, coleccionista y bibliófilo que llegó a ser embajador ante la Santa Sede y terminó sus días en París de embajador ante Napoleón Bonaparte.¹

Los aristócratas cardenales de la Curia vivían en espléndidos palacios romanos, los asistían cohortes de criados, lacayos, volantes, escribientes, contables, juristas, consejeros, músicos, bordadores y servidores de todo tipo; poseían colecciones de libros y manuscritos raros, antigüedades, valiosas joyas, vajillas, ricos ajuares y pinturas que exigían conservadores entendidos. Muchos de estos altos clérigos protegieron a estudiosos y artistas, favoreciendo el encuentro de intelectuales de distintos países que pudieron estudiar en las bibliotecas italianas. Gracias al cardenal Sáenz de Aguirre su familiar, el deán de Alicante Manuel Martí, conoció las bibliotecas más exclusivas y perfeccionó los conocimientos filológicos que trasmitió a su discípulo Mayans. Los cardenales de la cristiandad iban a Roma para los cónclaves, pero, siempre que podían, visitaban al Papa y hacían morada en tan refinada y opulenta Corte. En Roma también vivían los embajadores –todos de la mejor aristocracia europea– y sus séquitos; por ella pasaban los viajeros que cumplían en Roma una parada devota y la frecuentaron, durante su exilio en Italia, los austracistas españoles como el aragonés Ignacio de Luzán.

El paso de los Alpes

El canario José de Viera y Clavijo (1731-1813), un curioso y culto abate que escribió poemas, estudios sobre la historia natural de las islas Canarias y una novela sobre un pillete aventurero, la *Vida del noticioso Jorge Sargo*, ha dejado memoria de su paso por Italia en uno de los tres diarios de viaje que realizó con la familia de los marqueses de Santa Cruz de Mudela, de cuyo heredero –el marqués del Viso– era tutor. Viera, como tantos otros sacerdotes, asumió la condición de preceptor de un noble y compartió la vida de la familia a la que servía. Los diarios, llenos de gracia y desparpajo, descubren a un ilustrado crítico, inteligente y socarrón. Con el pupilo viajó por sus Estados de la Mancha² y después por Francia y Flandes; pero este fue un periplo que el joven no pudo completar, pues falleció al regreso, en Valencia.³

Realizó el tercer viaje –del 6 de abril de 1780 al 11 de julio de 1781– con el marqués de Santa Cruz, viudo y sin heredero, que se dirigía por Italia hasta Alemania a encontrarse con su prometida, la

¹ OLAECHEA, R.: *Las relaciones hispano-romanas en la segunda mitad del siglo XVIII. La Agencia de Preces*, Zaragoza, 1965, 2 vols. AZARA, J. Ni. de: *Epistolario (1784-1804)* (M^a Dolores Gimeno Puyol, ed.), Madrid, Castalia, 2010.

² *José Viera y Clavijo, Tomás de Iriarte. Dos viajes por España* (Alejandro Cioranescu, ed.), Tenerife, Aula de Cultura, 1976.

³ *Apuntes de Diario e itinerario de mi viage [sic] a Francia y Flandes*, Santa Cruz de Tenerife, Imprenta, Litografía y Librería Isleña, 1849.

condesa Mariana de Waldstein, hermana del príncipe de Lichtestein; con ellos viajaba el hermano del marqués, Pedro de Silva Bazán, también sacerdote, un ayuda de cámara y dos lacayos.⁴ Salieron en el coche de camino del marqués, un vehículo «bastante cómodo» (3), que conocía bien las rutas europeas, tirado por seis mulas pecheras. Por Zaragoza y Barcelona llegaron a Perpiñán y a la Junquera, lugar «perteneciente al conde de Peralada, cuyos vasallos, de orden de su señor, salieron a recibirnos con salvas de fusilería y escopetazos» (11). Pese a la exhibición de protocolario respecto, Viera observa que «este es un pueblo desdichado con una aduana rigurosa» (11). El aduanero, un «viejo con cara facinerosa se apoderó del coche, todo lo registró y todo lo aforó [tasó] hasta la plata labrada del uso diario de S. E. y aún hasta el chocolate, sin respetar otra cosa que los diamantes del Toisón» (11). El aduanero ignoraba el valor de las piedras y no supo qué cobrarles de tasa. Cruzar fronteras no era administrativamente difícil en un tiempo que desconocía el pasaporte y el visado; lo complicado era sortear la avaricia de los guardas de frontera y la de los señores que enviaban criados armados para exigir un pago a quienes transitaran por sus Estados.

En Perpiñán los dos sacerdotes cumplieron el rito de adecuarse al uso del lugar: por la mañana «vino el peluquero a poner nuestras cabezas eclesiásticas a la francesa, rizándonos, empomándonos y empolvándonos el pelo, con lo cual y con la *Calote* [solideo] y el *rabat* [alzacuello de golilla] me acuerdo haber quedado como la vez pasada [el anterior viaje por Francia], un M. L'Abée hecho y derecho» (11-12). En los países católicos se vigilaba con rigor el aspecto de los sacerdotes y Viera anota las modificaciones de peinado y atuendo que los eclesiásticos debían cumplir tras cada paso de frontera. Estas mundanidades de atuendo, que mostraban el aspecto más ridículo y menos ecuménico del clero, provocaron que en San Felipe de Turín no permitieran decir misa al hermano del marqués «porque decían que la sotana española no era decente» (34).

Si la avaricia y picardía humana entorpecían los desplazamientos, no eran de desdeñar los obstáculos que la geografía y falta de caminos oponían a los viajeros. La comitiva de los Santa Cruz entró en Italia por la Saboya y pasada Módena empezó a escarparse el camino. Al pie del «Mont Cenis [...] excelso, nevado y majestuoso», hubo que desarmar el coche y poner las piezas «sobre bestias mulares»,

y para cada uno de nosotros se trajeron unas *sillas portantinas*, o más bien especie de parihuelas con brazos y respaldo y hacia los pies un travesaño para fijarlos, de suerte que el viajero va casi tendido. Seis hombres destinados a este ejercicio cargan cada silla.

Yo me puse en la mía muy bien arropado [...] A proporción que subíamos se iba haciendo el frío insoportable. Mis conductores se cansaron, o lo fingieron cuando les pareció, y soltaron mi silla sobre una peña diciendo que con razón al tiempo de partir habían altercado con los otros compañeros sobre quiénes debían llevar al *petit Abée*, así llamaban al señor D. Pedro de Silva, a quien por su estatura consideraron desde luego más ligero (23).

Como Viera era más corpulento que D. Pedro, sus porteadores se retrasaron y ese fue el momento elegido por los saboyanos para plantear su reclamación por exceso de peso. Hubo que darles una gratificación extraordinaria y ya no hubo más problemas que los que el abrupto paisaje procuraba a los desconcertados viajeros que, semi tumbados en las portantinas, veían cómo los bajaban a brincos y a la carrera por entre cerros y declives inmensos. Viera advierte que, ante el paisaje, los sentidos experimentan «una impresión muy nueva que deja el interior como atónito, creyéndose dotado de otro género de existencia imprevista» (24):

En medio de tales sensaciones admirábamos igualmente el desembarazo, agilidad y firmeza con que nuestros conductores corrían y galopaban por aquellos andenes helados, sin el menor tropiezo y disputando

4 Extracto de *los apuntes del Diario de mi viaje desde Madrid a Italia y Alemania*, Santa Cruz de Tenerife, Imprenta, Litografía y Librería Isleña, 1849. En adelante pondré el número de página de las citas de este viaje en el propio texto y entre paréntesis.

sobre sus ganancias en su lenguaje saboyardo. También llamaban a ratos nuestra atención la misma figura que íbamos nosotros haciendo en nuestras andas, encapotados, enmonterados y repachingados como emperadores de la China, y no dejábamos de acordarnos de Anibal cuando superó con su ejército las dificultades de este tránsito (24).

En Turín se alojan en el palacio de los embajadores de España, duques de Villahermosa, donde también está su tío, el jesuita expulso José de Pignatelli. En la capital de los Saboya las damas de calidad visten a la francesa, los palacios son grandes, lujosos y se iluminan con profusión y el mejor gusto; deslumbran las construcciones públicas, los monumentos y la exquisitez con que viven y festejan los nobles, altos eclesiásticos y la familia real. Los manjares son de rara calidad y la presentación está cuidada hasta extremos casi teatrales; en Turín se sirven los mejores refrescos y sorbetes y los bailes, conversaciones y músicas duran hasta altas horas de la madrugada. Estas observaciones de Viera ponen de relieve –aunque no lo explicita– el abismo que separa el tren de vida de la nobleza española comparado con la de Turín. En orden a boato tampoco van a la zaga las celebraciones de la catedral y de su «cabildo con sus vestiduras canónicas de sotana violada, roquete y muceta de armiños» (26). A la capilla del Santo Sudario no le dedica ninguna alusión devota, simplemente la describe: es de mármol negro, «muestra magnificencia» y tiene muchas lámparas; pero el ilustrado abate no muestra piedad ante una presunta reliquia que los historiadores críticos ya consideraban falsa.

Los viajeros lo miran y recorren todo, las obras de Giubara, que fue el artífice del palacio de Oriente y trabajó para la Corte española, las librerías, los gabinetes de historia natural y de antigüedades, la gran biblioteca, la Universidad de medicina y su teatro anatómico. Viera cambió, por encargo de Campomanes, monedas repetidas de la Academia de la Historia por otras del monetario de Turín. El anciano Beccaria, clérigo menor y gran físico, les mostró experimentos con electricidad, con el vacío y otros con filamentos de cobre que daban chispas de luz... pero, cuando el cuarto se quedó a oscuras, un tipo que se había colado «para ver», aprovechó para robar las naranjas de que se alimentaba Beccaria. En Génova fueron a ver al expulso Llampillas y en Parma al impresor Bodoni, que les regaló obras de su taller. A partir de Bolonia, donde fueron cumplimentados por los colegiales de San Clemente, tuvieron que fijarse en si las ciudades eran o no del Papa. En la Aduana de Roma los guardas pretendían retener los cofres y llevarse el coche para registrarlo. El marqués, enfurecido por el trato grosero de los agentes, hizo avisar al duque de Grimaldi, embajador de España, quien, a su vez, buscó al cardenal Pallota, Superintendente de Rentas. Su intervención bastó para que los guardas dejaron ir coche, cofres y viajeros...

Alardes, antigüedades, indulgencias

En Roma cambiaron el coche de camino por uno de tiro de caballos. Como la posada era mala Grimaldi los instaló en el palacio de España donde encontraron al cardenal de Bernis, ministro plenipotenciario de Francia, jugando con otros invitados en la mesa de billa (de trucos) a las bochetas (tirar las bolas a mano contra la blanca). Bernis, obsequiosamente, los invitó a comer a su palacio. Viera describe el mundano ambiente de lujo de los cardenales y, concretamente, del francés, a cuya mesa se sentaron veintiséis personalidades, entre nobles, cardenales, obispos, prelados, monseñores, el sobrino del Papa... El primero en visitar a los viajeros fue José Nicolás de Azara, «agente general y encargado de los negocios del Rey, uno de los españoles que hacen más honor a la nación por su espíritu, su ilustración, su talento y gran política» (58-59). El comentario enaltece a Azara, caballero ilustrado y patriota, frente a las personalidades romanas, que se distinguen por su frivolidad y derroches.

Los Santa Cruz cumplimentaron al secretario de Estado, cardenal Palavicini, que fue nuncio en Madrid, y al resto de cardenales. Era norma que estos no visitaban si antes no eran visitados y también que la visita no debía despedirse, lo hacían los cardenales. En las antesalas bullía una «larga tropa

de abates, familiares y dependientes» y Viera consigna que en Roma «para un caballero seglar hay 20 o 30 abates» (64). El canario, después de tratar con arzobispos, patriarcas y demás eminencias, concluye en lo «triviales [que] son semejantes personajes en esta Corte» (64). En la basílica de San Pedro midió sus descomunales dimensiones «en pasos míos» (60), describió las sepulturas de Cristina de Suecia, Urbano VIII, Paulo III, Benedicto XIV y las magníficas estatuas, el baldaquino, testero y la cátedra de san Pedro, con sus bronce rayos y ráfagas, sostenida por «los cuatro doctores de la Iglesia, que son gigantescos, de bronce sobre pedestales de mármol. Yo vi salir un hombre por la abertura de la mitra de San Agustín a limpiarle el polvo con un plumero, porque dichas estatuas tienen por dentro de sus entrañas escaleras para subir a lo más alto» (61).

El Papa era el eje de la vida romana y los Santa Cruz no dejaron de asistir a las ceremonias en que oficiaba ni de pedirle audiencia privada. A todos deslumbró la exhibición de esplendor que rodeó la entrega al Papa del tributo de la hacanea por parte del condestable Colona y el derroche de los cortejos de eclesiásticos y de la tropa de escolta:

Toda la carrera desde el palacio Colona hasta San Pedro estaba adornada de colgaduras y ocupada de la muchedumbre. Serían las 6 de la tarde cuando dicha cavalcata pasó. Iba muy lucido. Delante la guardia de a caballo de S. S., luego los gentiles hombres y caballeros de los cardenales y príncipes romanos, que por la mayor parte eran sacerdotes y marchaban montados con hábitos talaes. Después los pajes, volantes y lacayos de librea del condestable con la gran gala. Luego la Haquita blanca, que llaman la Hacanea con gualdrapa de un bordado muy rico y sobre el anca un canastillo de filigrana de plata donde iba el tributo. Más atrás el condestable Colona a caballo con capa de tela de oro, gran corbata de encajes finos, el pelo tendido en bucles a la espalda. Seguía el tren de sus carrozas de ostentación y cerraba la marcha tropa de infantería (93).

Una vez entregado el tributo napolitano en la iglesia de San Pedro, adonde llevaron al Papa en silla gestatoria «en volandas», un «Fiscal de la Cámara Apostólica [...] le hizo una protesta por el derecho de la misma Santa Sede a igual homenaje por parte del ducado de Parma, a lo que respondió el Papa que la admitía y que se proveería en ello» (94). Viera recuerda esta queja con interés de parte ya que, desde 1768, la Santa Sede reclamaba Parma para sí contra su duque, Fernando de Borbón, hijo de Felipe V de España e Isabel de Farnesio. Por la noche fueron a la plaza de San Pedro:

Para gozar del grande espectáculo de la iluminación de aquel templo. Ya estaba su fachada y la soberbia cúpula con todo el peristilo iluminado de farolitos pequeños; pero [...] he aquí que, de repente, en un abrir y cerrar de ojos, se cambió en otra iluminación más brillante y de abultadas llamas, cosa muy estupenda a la vista.

El día de San Pedro acudieron los Santa Cruz a la celebración y Viera la narra con el distante desagrado que inspira a su talante neoerasmista el boato procesional y los excesos indumentarios que termina por compararlos a una sota de la baraja. Nuestros viajeros tuvieron acceso a las antecámaras del Papa donde se reunían «prelados, patriarcas, obispos latinos y griegos, penitenciaros, auditores de Rota, monseñores, etc., y en una capilla inmediata los cardenales aparatados con los ornamentos ricos de sus órdenes respectivos [...] obispos con capa pluvial afianzada al pecho con una gran joya de brillantes» (95). El Papa salió en silla gestatoria «con baldaquín y dos desmedidos plumajes por cada lado [...] y la ilustre comitiva delante, por las escaleras, en las cuales estaba tendida la guardia de los alabarderos, con antiguo peto, morrión y vestido estrecho taraceado de colores, a modo de la sota de bastos» (96). La función religiosa, ritualizadísima e interminable incluía salmos en griego, cambios de ropajes, besamanos, cánticos... Cuando «finalizó [...] Los cardenales tomaron sus coches de gala con *tuti fioqui*, esto es, adornados de grandes borlas encarnadas y seis u ocho lacayos en la zaga, y marcharon a sus habitaciones. Nosotros comimos en casa del Caballero Azara» (98).

No le asombró menos que la fabulosa exquisitez de las mesas cardenalicias su desdén por las normas de abstinencia. El general de los carmelitas, P. Ximénez, hizo servir a todo el cortejo de los San-

ta Cruz un abundante refresco en día de ayuno, argumentando que, por doctrina de los «salmantincenses», los frescos no rompían el ayuno... «Quedonos muy en la memoria este chiste» (93), concluye. Pese a lo jugoso de las descripciones y comentarios del *Estracto* no tengo espacio para referir el lujo ostentoso de los actos píos, la cantidad de recorridos culturales de los Santa Cruz (fuentes, basílicas, mole Adriana, Janícolo, foro, Capitolio, Coliseo, etc.), las visitas a pintores (Battoni), a la tienda de los hijos de Piranesi donde vendían grabados de monumentos antiguos, ni su trato con grandes nobles como la princesa de Santa Croce, a cuya íntima amistad con Bernis, con Azara y, antes, con Floridablanca, alude con intención.

Pero lo fundamental para los Santa Cruz era presentar sus respetos al Papa; el besamanos tuvo lugar el 15 de junio a las tres del reloj de Italia, que equivalía a las once de la noche en España. Los Grandes, siempre protocolarios y celosos de sus privilegios, cuidaban de que el Papa les diera audiencia con «asiento»; con Santa Cruz, además, para que la audiencia privada «no pareciese de pura *confianza*, se había dispuesto que nuestro embajador asistiese a ella» (69). Pío VI era «de estatura prócer, abultada, bella presencia, la cara grande y, a proporción, las facciones de ella, especialmente la nariz [...] Usa de un peluquín muy natural, con un solo rizo en el contorno y pocos polvos» (70)... Y a él se aproximaron como exige el protocolo: «Cuando entramos hicimos, al dar el primer paso, una genuflexión, otra un poco más adelante y otra, últimamente, al acercarnos a su persona, a cuyo tiempo nos inclinamos profundamente para besarle el pie», calzado con chinela roja y una cruz bordada en oro (70). La conversación fue corta; el Papa los bendijo y, en italiano, elogió a Mengs y la protección concedida por el rey de España a las artes y a los pensionistas de la Academia en Roma.

Pero como las palabras del Papa, aun las no dichas *ex cathedra* eran definitivas, Viera, en la audiencia larga que les concedió el pontífice antes de abandonar Roma, las transcribe directamente. El abate quería oponer el talante abierto del jefe de la Iglesia, a la cerrazón y escrúpulos supersticiosos de la jerarquía eclesiástica española. También quería señalar que el ánimo festivo no quebranta la fe y el rigorismo supersticioso no es signo de piedad. A las once y media de la mañana del 19 de julio acudieron al palacio del Quirinal el cortejo de los Santa Cruz y José Nicolás de Azara, que los acompañaba por hallarse el embajador en Génova. El Papa los «recibió con las mismas demostraciones de atención y afabilidad. Estaba en pie con solideo y balandrán blancos» (119). Con el marqués conversaba «de confianza».

Y por las respuestas que daba al señor marqués cuando le pidió algunas gracias y, entre ellas, la de poder comer carne y no ayunar su comitiva durante el viaje en los días de ayuno, que la concedió prestamente, y por algunos chistes que sobre dispensas nos contó, manifestaba que no era de moral rígida ni sujeto a preocupaciones⁵ vulgares. Como también el señor don Pedro de Silva le había pedido algunas concesiones apostólicas y yo no le pedía ninguna, se volvió a mí y me dijo: *¡y qué! ¿Usted no quiere nada del Papa?* Entonces me ocurrió pedirle la facultad de conceder indulgencia plenaria al uso de algunos rosarios, medallas y cruces en el artículo de la muerte. *¿Cuántas quiere?, me preguntó.* ¡Smo. P. ciento! Sean doscientas, (replicó él) (119-120).

Con toda probabilidad Viera no contó las indulgencias que podía ir concediendo merced a la espontánea generosidad del Papa Braschi, porque no era clérigo apegado a los usos tridentinos. Él prefería colaborar con la Academia de la Historia, de la que era supernumerario, y cultivar la amistad de sus amigos Meléndez Valdés y Cabanilles. Desde 1782, año en que volvió a Canarias, hasta su muerte, dirigió con celo su Real Sociedad Económica de Amigos del País.

5 Pedro ÁLVAREZ DE MIRANDA, en *Palabras e ideas. El léxico de la Ilustración temprana en España (1680-1760)*, Madrid, BRAE, 1992, pp. 554-574, ha estudiado que el término «preocupación» en el siglo XVIII tenía el significado de prejuicio.